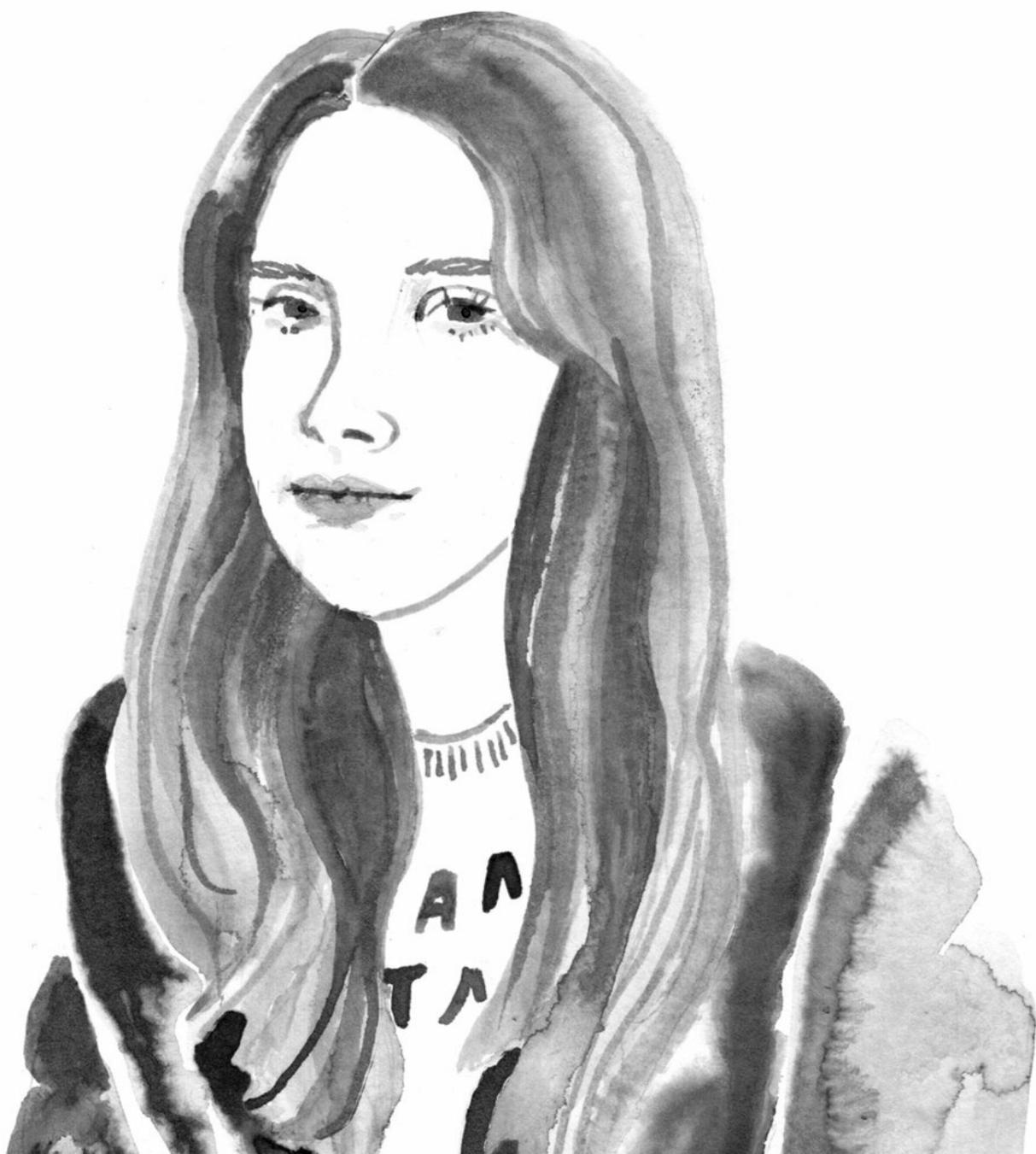


LAS CHICAS NO LLORAN

OLIVIA GALLO





COLECCIÓN PRIMEROS LIBROS

LAS CHICAS NO LLORAN

OLIVIA GALLO



TENEMOS LAS MÁQUINAS

Gallo, Olivia

Las chicas no lloran / Olivia Gallo. - 1ª ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tenemos
las Máquinas, 2021.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-3633-30-0

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

© Olivia Gallo, 2019

© Tenemos las Máquinas, 2019, 2021

EDICIÓN

Magalí Etchebarne y Julieta Mortati

DISEÑO

Julián Villagra

CORRECCIÓN

Luz Rodríguez

RETRATO DE CUBIERTA

Ana Carucci

EDITORIAL TENEMOS LAS MÁQUINAS

Av. Independencia 2765 (1225), Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

tenemoslasmaquinas@gmail.com

www.tenemoslasmaquinas.com.ar

Hecho el depósito que establece la Ley 11723.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*.

Conversión a formato digital: Libresque

Para Mercedes

Mi mamá siempre me decía: “No podés divertirte todo el tiempo”, y yo respondía: “¿Por qué no? ¿Por qué mierda no me puedo divertir todo el tiempo?”.

KATE MOSS

Índice

Cubierta

Portada

Créditos

Dedicatoria

Epígrafe

Áfrika

El lugar más seguro del mundo

Caramelos ácidos de limón

El ruido de mil moscas

Toda la gente sola

Burbujas

Dientes de leche

La primera letra

El susurrador de caballos

Creo que primero es el relámpago

Heath Ledger

Las chicas no lloran

Sobre este libro

Sobre la autora

Otros títulos de la colección Primeros Libros

Áfrika

Nunca llegamos tan lejos. Otras veces nos alejamos un poco, a los barrios de los alrededores, pero esta vez dejamos atrás la ciudad, los cines, los supermercados y los edificios plateados que se amontonan sobre las avenidas como liendres.

Ahora estamos en la ruta. No sé cuál porque no tengo ni idea de rutas. No las puedo reconocer. Son todas iguales: árboles y pasto a los costados, luces de peajes a lo lejos, bultos de perros muertos en las banquetas. Son casi las cinco de la tarde y el cielo está nublado, lleno de nubes grises hinchadas como piñatas. Hace frío para ser verano. Viajamos con las ventanillas bajas: la de Jero casi toda, la mía, por la mitad. La radio está prendida pero se escucha con interferencia. No me acuerdo de la última vez que alguno de los dos dijo algo.

Hace un rato estábamos en Del Viso, en la quinta que alquilan sus viejos y los míos todos los veranos. Era mediodía y mi papá preparaba el asado. Nuestros padres y hermanos estaban en una punta de la mesa y nosotros dos, en la otra. Yo le rozaba la pantorrilla con una pierna. Me había puesto una crema que me dejaba la piel aceitosa. Me la había recomendado una amiga poco antes de que

termináramos la secundaria. La usaba su hermana, una de las bailarinas de Tinelli. “Hace brillar la piel”, me había dicho, y yo, desde entonces, la había usado cuando lo veía a Jero para imprimir en su retina una imagen que me retratara como una chica de piernas brillantes y sedosas.

El asado terminó a eso de las tres. Nuestros viejos tomaron café y después todos se fueron a dormir la siesta. Nosotros seguíamos sentados en la mesa del patio. Ahí Jero me dijo que nos fuéramos. Yo tenía el celular en la mano. No lo miraba a él, sino a la pantalla, y pasaba fotos de un álbum de Facebook moviendo el pulgar hacia la izquierda.

A Jero le suelen dar esos ataques de querer irse. Casi siempre damos unas vueltas en el auto de su papá y terminamos en algún telo. Si estamos de buen humor vamos a alguno temático, pero la mayoría de las veces terminamos en el de siempre, uno bastante sobrio que tiene un nombre francés. Cogemos una sola vez y después hacemos lo que llamamos “vida de hotel”: nos bañamos en el jacuzzi, llamamos al servicio de habitación, pedimos cerveza y papas fritas de paquete, y nos tiramos en la cama a ver tele envueltos en batas blancas. Me gusta mirarnos en el espejo que está en el techo, encima de la cama. Parecemos un matrimonio viejo. Cuando está por terminar el turno, Jero siempre me propone que nos vayamos a vivir solos, a alguna casa en alguna playa, juntando sus ahorros y los míos. Todo suena muy lindo, pero no me lo creo. Al parecer Jero sí, porque siempre parece desilusionado cuando volvemos a la quinta.

Hoy estaba cansada. Planeaba acostarme en la cama y dormir una siesta, así que fingí que no había escuchado bien. Levanté un poco las cejas con la vista fija en el celular. Jero me agarró un brazo y lo bajó como si fuera una palanca. Fue bastante brusco, pero después se quedó sosteniéndome la mano y acariciándome los dedos. Con un tono de voz suave me dijo de nuevo : “Vamos”, y yo acepté.

Nuestros papás son amigos desde la primaria. Juntos vieron las primeras tetas, las de Moria Casán, en una obra de teatro de Gasalla en la calle Corrientes. Papá todavía se acuerda de Gasalla diciéndole al público: “Ya vienen las tetas, ya vienen”.

Juntos también vieron morir a un compañero del curso. Estaban yendo a almorzar después del colegio, cuando el chico cruzó corriendo una calle y un colectivo se lo llevó puesto. Papá todavía se acuerda del ruido hueco y del cuerpo del chico, con el pantalón gris y el blazer oscuro, rodando sin peso como si fuera un muñeco relleno de alpiste.

Jero y yo crecimos juntos. Mi papá dice que lo quiere como al hijo varón que nunca tuvo. Su papá y yo no tenemos la misma relación. Cuando era chica, hice algunos intentos para que nos lleváramos igual de bien; él era lo más parecido a un tío que tenía. Pero cuando le decía algo en la mesa, algún comentario casual y amigable, él me miraba como si recién me viera, como si se hubiera olvidado de que estaba ahí. No me contestaba porque